

Límites del lenguaje



Kenhinkan dôjô 2021

Dicen que el lenguaje simbólico llega donde no alcanza la palabra y que aquel que lo conoce habla en mil lenguas, como le sucediera a Leonardo da Vinci, que creó una escritura secreta para proteger sus ideas y mantenerlas fuera del alcance de sus adversarios o, tal vez, para evitar el juicio de la propia Iglesia.

Tal forma de escribir, conocida como escritura especular o de espejo, exigía algo más que servirse de un espejo para acceder al contenido de sus documentos, pues las anotaciones del maestro iban acompañadas de símbolos y abreviaturas, elementos que dificultarían aún más su comprensión.

Utilizando tales métodos, el mensaje del genio renacentista se alejaba del lenguaje hablado, comunicando la inmensidad de su mundo sutil a través del lenguaje simbólico.

Por su parte, el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein explicaba que los límites del lenguaje coinciden con los de nuestro mundo y que, del mismo modo que utilizamos la palabra para hacernos comprender, su uso no hace sino evidenciar quienes somos y hasta dónde alcanza nuestra percepción de la realidad.

El lenguaje puede ser una barrera para establecer la comunicación, pues es posible que los interlocutores manejen diferentes registros, tengan distintas capacidades y desiguales formas de expresión, circunstancias todas que impedirán el entendimiento entre ambos.

En otros casos, personas con una misma capacidad, pero provenientes de mundos opuestos, fracasan en el intento haciendo nuevamente imposible la comunicación. Esto puede ser debido, no a la falta de recursos lingüísticos, sino a la procedencia de los implicados. En efecto, racionalidad o emotividad pueden ser dos puntos de partida antagónicos que impidan la comunicación deseada, convirtiendo la empresa en infructuosa.

Si el lenguaje da forma al mundo desde la lógica, podríamos preguntarnos cómo llegar a explicar eficazmente el mundo intangible, ése que es también parte de éste y complementa su naturaleza, pues incluso el lenguaje más elocuente, mejor estructurado y organizado, tiene sus limitaciones. Sí. Querer expresar el mundo sutil a través de palabras resulta casi imposible, pues no hablamos solo de formas, lo hacemos también de: energía, símbolo, imaginación, arquetipo o intuición.

En el contexto Budô, el hecho de sintonizar no nos exige dejar de pensar con independencia, sino compartir una frecuencia desde donde pueda surgir el aprendizaje, el debate e, incluso, la discrepancia. Esto debería ser una norma en cualquier contexto. Nunca un *nyumonsha* ha de renunciar al espíritu crítico, un valor indisociable de su ser de persona.

Explicaba a mi interlocutor el significado de este Arte misterioso, exuberante en las formas y exquisito en la estética, que es el Bujutsu. Sucedió, no obstante, que no acertábamos a comunicarnos, pues lo simbólico resultaba intrascendente para él. En efecto, la imaginación, la magia del gesto, el sonido o la introspección no eran sino tierra baldía. Reclamaba límites a nuestro diálogo, acotando la conversación en términos que yo no frecuento: rendimiento, promoción, practicidad, rentabilidad, logro o tiempo. Y, desde luego, deseaba valorar el coste económico de su inversión. No había posibilidad de acuerdo desde dos polos tan alejados.

Recordé la anécdota de José María de Gironella cuando viajó a Japón junto al gran Narciso Yepes. Al llegar a su destino, Gironella salió con vehemencia a las calles de Tokio buscando muestras de la estética japonesa, demandando con vehemencia a su guía lugares donde poder experimentarla. Ávido de su contemplación, el escritor catalán escuchó de su interlocutora: "*la belleza no se encuentra en la calle, sino en la intimidad*". Directo al corazón. Gironella tomó al vuelo la metáfora comprendiendo que si deseaba el encuentro éste se habría de producir desde la discreción. Y sumándose al consejo de su guía, lo consiguió.

Apropiándome de semejante historia, hice entrar en el dôjô a mi interlocutor dejándolo allí, desnudos los pies, enfrentando el silencio, en medio de la luz tamizada. Alguien entró con diligencia y fue directo al *taiko* haciéndolo sonar con decisión. El sonido retumbó en la sala vibrando todo en derredor. Se abrió después el *shôji* y entraron los estudiantes, que fueron ocuparon su lugar. Se escuchó nombrar lo intangible, un ruido de sables, gritos intimidatorios, victoriosos, provocadores. Dónde había consideración, existía también determinación, la guerra y la paz cohabitaban, una acción respondía a otra con filosofía, el recogimiento daba paso a la expansión. Aquel microcosmos atemporal era inaprensible en palabras.

"*La belleza no se encuentra en las calles, sino en la intimidad*". Repitió nuestro visitante. Y su cara se iluminó.

También en Bujutsu existe una realidad que puede expresarse en palabras y otra, de mayor calado y naturaleza espiritual, que escapa a los límites del lenguaje.

En esa dimensión cree quién la ha experimentado, y en algunos casos, quien confía en la veracidad de la experiencia del otro.

Kenshinkan dôjô 2021